Vittorio Moretto

El evangelio de la ternura



«Un relato no del pasado, sino un acontecimiento que interpela nuestro presente»

Prólogo del Emmo. Sr. Cardenal
D. José Francisco Robles Ortega

Luigi Pozzi

EL EVANGELIO DE LA TERNURA

«Un relato no del pasado, sino un acontecimiento que interpela nuestro presente»

Vittorio Moretto,
Misionero Comboniano del Corazón de Jesús

El evangelio de la ternura

«Un relato no del pasado, sino un acontecimiento que interpela nuestro presente»

hope press
MÉXICO

Primera edición
Mayo de 2024

Primera reimpresión: noviembre de 2024
Segunda reimpresión: junio de 2025
Tercera reimpresión: marzo de 2026

El evangelio de la ternura

© P. Vittorio Moretto, MCCJ, 2024

© Hope press, 2024
C. Constitución de 1957, 122B, Frac. Revolución
Tel. (+52) 33 4530 2258

ISBN: 978-607-59538-6-1
Impresión y encuadernación:
GP Soluciones Impresas S. A. de C. V.
Calle Mezquitán 574, Col. Barranquitas, Guadalajara, Jal.,
C. P. 44280
Printed in Mexico - Impreso en México

Todos los derechos reservados
No está permitida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, tratamiento informático, distribución, comunicación pública y transformación de este libro sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados constituye un delito contra la propiedad intelectual

ÍNDICE

Prólogo 9

Introducción 13

Capítulo 1 Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó 17
En viaje hacia Jerusalén 18
«Un maestro de la ley» 19
«Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó…» 21
«Por casualidad bajaba por ese camino un sacerdote...» 23
«Lo mismo hizo un levita…» 25
«Pero, un samaritano que iba de camino…» 27
«Al verlo tuvo compasión» 28
«Acercándose, vendó sus heridas» 29
«Según tu parecer» 32
«Vete y haz tú lo mismo» 34
«Recibía a todos» 36
El águila divina 38
El Buen Samaritano, san Daniel Comboni y los misioneros 39

Capítulo 2 Una sola cosa es necesaria 43
«Siguiendo su camino, entraron…» 43
«Una mujer lo recibió en su casa» 43
«Tenía una hermana llamada María» 44
Dos hermanas 46
María 47
Marta 47
«En cierto momento…» 48
Suma equivocación 49
«¡Marta, Marta!» 50
«Una sola cosa es necesaria» 51
«María ha elegido la mejor parte» 53
Lo esencial que permanece 55
Entonces, ¿a vivir con los brazos cruzados? 56
Marta, san Daniel Comboni… 58
... y los misioneros 59
Caminando hacia Jerusalén 60

Capítulo 3 ¿Quién de ustedes?… ¿Qué mujer? 63
El marco de la parábola 63

«¿Quién de ustedes que tenga cien ovejas…?» 64
«O, ¿qué mujer que tiene diez dracmas?...” 68
San Daniel Comboni … y los misioneros 72

Capítulo 4 Se marchó a un país lejano 77
«Dame la parte de la herencia que me corresponde» 77
«Partió a un país lejano» 78
Reducido a la miseria 79
«A cuidar cerdos» 80
«Entonces reflexionó» 82
«Se levantó pues y fue donde su padre» 82
El hijo menor, san Daniel Comboni y los misioneros 84

Capítulo 5 «Se enojó y no quería entrar» 87
Breves comentarios al texto evangélico 87
Hijo modelo, pero infeliz 89
¿Quiénes podríamos reconocernos en el hijo mayor? 90
Misterio del corazón de las personas «religiosas» 90
¿Entró en la fiesta el hijo mayor? 91
Aquel simpático profeta Jonás… 92
Jonás huye del amor desmesurado de Dios 93
El hijo mayor, san Daniel Comboni y los misioneros 94

Capítulo 6 Conmovido, el padre corrió a abrazarlo 99
El padre y el hijo menor 100
«Y el padre les repartió la herencia» 100
El padre y el hijo mayor 104
Algunas reflexiones 106
El Padre, san Daniel Comboni y los misioneros 111

Capítulo 7 La dificultad de los buenos 115
El problema de los «buenos» 116
En el teatro de la vida 117
¿Quién nos quitará la máscara? 118
El acto que hace la diferencia 120

PRÓLOGO

del Emmo. Sr. Cardenal D. José Francisco Robles Ortega

Esta obra terminó de gestarse en el marco de la Jornada Mundial de los Pobres[1]. La pobreza más difundida hoy, no es solo de tipo material, por eso ningún mensaje tan apropiado para estos momentos históricos que vive el mundo como el de la misericordia de Dios, que en estas páginas nos ofrece el p. Vittorio Moretto, sacerdote misionero comboniano, a quien conocí siendo arzobispo en Monterrey, en donde él servía en la comunidad que su instituto religioso tiene ahí.

Con esta nueva obra el p. Vittorio busca lograr en el lector la comunión con el entendimiento y la experiencia que él mismo tiene de la persona de Jesucristo, a partir de la meditación de algunos pasajes del evangelio de San Lucas y escritos de San Daniel Comboni, quien llevó, con su persona y actividad misionera, la presencia del Buen Samaritano entre los pobres de África en el siglo XIX, abriéndoles su corazón empapado en el Corazón de Jesús, fuente de la misericordia.

Y ese es precisamente el tema central que nos propone el p. Vittorio, utilizando —como suele hacerlo siempre— los Evangelios para que dejemos de lado esquemas preconcebidos y nos descubramos de manera "revolucionaria" —como él mismo lo expresa— en personajes de parábolas conocidas como El Buen Samaritano (Lc 10, 25-37), la Oveja Perdida (Lc 15, 1-7), la Dracma Perdida (Lc 15, 8-10) y la del Hijo Pródigo (Lc 15, 11-32), así como en el pasaje que nos habla de la comida en Betania, en casa de Marta y María (Lc 10,40), relatos todos en los que Jesús habla al doctor de la Ley pidiéndole ponerse en el lugar del hombre "medio muerto" tirado en el camino; al hermano mayor que se niega a entrar a la casa de su padre tras el regreso del hijo pródigo;

[1] Domingo 19 de noviembre de 2023.

a las 99 ovejas que somos todos los que nos consideramos "justos" y a Marta, que actuaba y mandaba, pero no escuchaba como María. La intención es que entendamos que nada o muy poco podemos hacer sin antes reconocer que necesitamos misericordia y un corazón nuevo que sólo Jesucristo puede darnos. Debemos primero dejarnos cargar por el pastor, recibir misericordia para darla, ser perdonados para perdonar. Todos estos personajes eran gente buena, que cumplía con la Ley, pero el mensaje de Jesús —como lo evidencia el autor— impacta porque nos aclara que todos necesitamos abrirnos antes a la misericordia de Dios para luego darla; amar a alguien que no es amable, no es humano, sino que es una obra divina, es una gracia que necesitamos recibir de Aquel que vino para dárnosla.

Si nos abrimos a esta gracia, entonces nace en nosotros la compasión, la solidaridad y la acción que nos lleva a favor a los más necesitados, en un mundo lleno de necesidades y nos pone en condición de realizar las otras palabras de Jesús: "Lo que hicieron a uno de estos pequeños míos, a Mí me lo hicieron".

Es frecuente hoy, entre los creyentes, decir que somos todos "discípulos misioneros". En este libro el p. Vittorio Moretto nos confirma que estas dos palabras son muy atinadas en el sentido de que diariamente, como discípulos, somos conscientes de que vivimos de la misericordia de Dios y es por ello que nos sentimos impulsados a ofrecer a otros la gracia de gozar de esta misericordia en cualquier situación que se encuentren. Somos misioneros porque somos discípulos. Una misión que no parta de un corazón misericordioso corre el peligro de no ser la verdadera misión de Jesucristo, sino quedarse en mera propaganda religiosa. El discípulo que fue cargado y sanado por Jesucristo puede ir hacia los demás para que ellos también reciban la gracia de ser tomados en sus brazos y luego curados por Él.

El amor, debemos decirlo, genera resistencias. De aquí la necesidad de "clavar" nuestra mente y corazón en el acontecimiento del Amor de Dios: Jesucristo, que es Palabra de Vida Eterna, hecha carne. Y así, de Él podamos recibir la fuerza y

la gracia de ir más allá de nuestras propias resistencias, límites y circunstancias temporales.

Si dejamos que Jesús nos empape de su misericordia entonces las personas, toda persona en su pobreza social, moral o religiosa, no aparecen ante nosotros como imágenes que conmueven por algunos instantes. Cuando las encontramos en carne y hueso, nuestra reacción no será de fastidio y marginación, y tampoco de prisa (esta cotidiana compañera de la vida) que impide detenerse, socorrer y hacerse cargo de la persona que sufre. Las parábolas del Buen Samaritano, la del pastor que carga la oveja perdida y de la mujer que busca la monedita, o del Padre que tiene dos hijos, como nos las presenta el p. Vittorio en este libro, no son un relato del pasado, al contrario, interpelan el presente de cada uno de nosotros. Ya no nos será posible delegar en otros la tarea de la caridad. Cada uno la sentiremos como gracia y vocación que se hace actitud (corazón) y acción (manos, pies, hombros) hacia toda persona afectada por el mal.

Este libro nos ayuda a aceptar que el Señor Jesús nos cargue en sus hombros de Buen Samaritano y Buen Pastor (y eso le costó la muerte de Cruz), y aceptar que el Padre nos abrace en nuestro hedor y suciedad de hijos pródigos que regresan a casa: esta aceptación provoca un cambio radical en la manera de entender a Dios y a nosotros mismos. Nos hace comprender cómo nuestra actuación no es –-como dice el papa Francisco— "por maldad, sino porque se prefiere lo propio: las seguridades, la autoafirmación, las comodidades. Todo depende del yo, de lo que me pertenece, de lo que me sirve, de lo que quiero y se acaba siendo personas rígidas, que reaccionan de mala manera por nada" (Misa de Canonización de los niños tlaxcaltecas, noviembre de 2017).

Al terminar la lectura del libro sentiremos nacer en nosotros una gran confianza en el servicio de evangelización y con la confianza crece la sabiduría, al experimentar cotidianamente que nuestra vida, y la de los demás, no está en nuestras débiles manos, en nuestros cuerpos mortales, sino en la fuerza que nos viene de la misericordia de Dios. Sentiremos el gozo de vivir nuestra vida constantemente

"misericordiada" por Dios y de comprometernos a compartirla con todas las personas que Dios pone en nuestro camino de discípulos misioneros. Tanto más necesario esto -–como señala el papa Francisco— en el presente momento histórico, lleno de dificultades, en el que se descuidan los modelos de vida de los jóvenes, que son los más frágiles frente al cambio cultural en curso. “La realidad virtual se apodera de la real y los dos mundos se confunden cada vez más fácilmente” (Cf. mensaje previo a la VII Jornada Mundial de los Pobres).

El tema de la misericordia ocupa también un puesto central en mi experiencia personal, como cristiano, sacerdote y obispo. Es la contribución específica que la Iglesia está llamada a aportar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Esta es la razón por la que he tomado la iniciativa de convocar en esta querida Arquidiócesis, a cuya cabeza me ha puesto el Espíritu Santo como sucesor de los apóstoles, la Gran Misión de la Misericordia, a la que la lectura de esta obra ofrecerá una significativa contribución. Hago votos, junto con el p. Vittorio Moretto, para que este libro suscite muchos misioneros del amor de Dios hecho misericordia en Jesús y permita que, a través de estas páginas, la narración de San Lucas fluya de manera suave y refrescante para ubicar al lector en el “acontecimiento-Jesucristo”.

Junto con estas letras a través de las cuales recomiendo la lectura de este libro, hago llegar a todos mi bendición,

+ José Francisco Card. Robles Ortega,
Arzobispo de Guadalajara

Introducción

Tengo la dicha de que en estos últimos diez años han visto la luz cinco libros míos. A pesar de ello, cuando entro en la biblioteca de la comunidad en que vivo, en busca de alguna obra, al ver como la mayoría de volúmenes allí almacenados están amarillentos y cubiertos de una fina pátina de polvo, me sobrecoge, al menos en ocasiones, un sentimiento de tristeza, unido al desánimo, sobre todo al considerar que entre los autores se encuentran personas muy destacadas. ¿Para qué escribir un nuevo libro, si después quedan olvidados y enmohecidos? ¿Habrá alguien que los aprovechará? A pesar de estos sentimientos, heme aquí con la presente obra. Tres motivos me ayudaron a aceptar la propuesta de su publicación.

El primero –y es el más convincente– se refiere a mi experiencia. Soy testigo de cómo muchas personas han encontrado una motivación para salir adelante en la vida o emprender un nuevo y fecundo rumbo gracias a las palabras que dejé escritas en mis libros anteriores. Es conmovedor escuchar sus testimonios, y cómo en una u otra parte del libro encontraron una luz que iluminaba la situación que estaban viviendo. De veras, me digo ¡vale la pena escribir!

El segundo motivo se refiere a una anécdota de mi libro *Más que una apuesta*[1], cuando una sicóloga de la Ciudad de México, dirigiéndose a grupo de sacerdotes y religiosos «sesentones», nos dijo textualmente: «Pregúntense cuál es la herencia que desean dejar a los que vienen después de ustedes. No hablo de bienes materiales, sino de lo que fue la vida para ustedes». Luego agregó en el mismo tono: «Me dirán: "¿De qué sirve? ¿Alguien se beneficiará?"... Aunque sea sólo una persona que, 20 años después, saque provecho de lo que dejaron escrito, ¡valdrá la pena!».

---

[1] Vittorio Moretto, *Mas que una apuesta*, El Arca, México, 2005.

Y por último el recuerdo de las palabras de un gran hombre y santo, don Bosco, quien escribió: «El buen libro entra también en las casas adonde no puede entrar el sacerdote, igualmente es tolerado por los malos como memoria o como regalo. Presentándose no enrojece, desatendido no se molesta, leído enseña verdades con calma, despreciado no se lamenta y deja el remordimiento que a veces prende el deseo de conocer la verdad; mientras él siempre está listo para enseñarla. Algunas veces se queda polvoriento sobre un escritorio o en un estante. Nadie piensa en él. Pero llega la hora de la soledad, o de la tristeza, o del dolor, o del aburrimiento, o de la necesidad de la diversión, o del ansia del porvenir, y este amigo fiel se quita el polvo, abre sus hojas, y se renuevan las admirables conversiones de san Agustín y de san Ignacio de Loyola. Aquel que regala un libro, aunque no tuviese otro mérito que el despertar el recuerdo de Dios, ha adquirido ya un mérito incomparable delante de Dios. Un libro en una familia, si no es leído por el destinatario, es leído por el hijo, o la hija, el amigo o el vecino. Sólo Dios conoce el bien que produce un libro en una ciudad, en una biblioteca móvil, en un grupo de trabajadores, en un hospital, donado como prenda de amistad»[2].

Por lo cual, heme aquí, manos a la obra. Con la lectura de *El evangelio de la ternura* entrarás en comunión con el entendimiento y la experiencia que tengo de la persona de Jesucristo, a partir de algunas páginas conocidas del evangelio de san Lucas. Es única la experiencia de descubrirse en los personajes de las parábolas o en otras personas del evangelio. Para mí, es revolucionario. Me veo representado plásticamente en el «medio muerto» tirado en el camino de Jerusalén a Jericó y abriendo los ojos me encuentro con la mirada «misericordiosa» del samaritano, es decir, del mismo Jesús. Veo cómo muchas veces soy Marta, preocupado de

---

[2] San Juan Bosco, *Epistolario*, IV, 318-321. Cf Silvia Guidi, *Dopo il flop un sogno realizzato*, L' Osservatore Romano, on line, 21 aprile 2012.

hacer el bien y complacer al Señor, estando al centro de todo y quejándome de los demás, a menudo por envidia.

Reconocer mi propia historia, en la del hijo menor que se aleja de casa, despilfarrando todos los bienes recibidos de Dios. Identificarme con el hijo mayor, en su obstinación de no entrar en la fiesta por el rechazo al padre que acoge con gozo el hermano que vuelve a casa. Y aún más, ver a qué grado el padre ama a sus dos hijos indignos: a uno le prepara una fiesta extraordinaria, aunque haya regresado a casa por interés y no por amor a él; y al otro, al mayor, con que ternura y paciencia espera que por fin acepte compartir consigo su propio corazón. ¡Y cómo es duro aceptar que los buenos —y muchas veces yo me he considerado «bueno»— tengan particular dificultad en entrar en el Espíritu del Señor Jesús!

Es maravilloso experimentar cómo la persona, los gestos y las palabras de Jesucristo poseen una carga de luz y calor capaz de arrebatar por completo mi persona y la tuya. Cada página del Evangelio contiene una buena noticia para cada quien, en cualquier situación que nos encontremos. Por lo mismo es normal que muchas personas se hayan visto completamente transformadas por la fuerza que emana de su lectura.

Esto es lo que trato de transmitir con este libro. Y lo acompaño con el testimonio de un gran misionero de África, san Daniel Comboni, que constituye un estímulo para cada uno de nosotros, indistintamente, los que somos cristianos de a pie o embestidos de responsabilidad en la sociedad o en la Iglesia.

Al terminar la lectura, el Señor nos conceda la gracia de que brote de nuestros corazones el gozoso agradecimiento por sentirnos amados y salvados por Él, por encima de nuestros supuestos méritos, y que esta acción de gracias se prolongue en el repetir agradable: «Doy gracias al Señor, porque es eterna su misericordia», como murmullo de dulce letanía.

* * *

Las reflexiones, que vas a encontrar en estas páginas, me fueron inspiradas, entre otras fuentes, por la lectura de las obras del Cardenal Carlo María Martini y de Silvano Fausti, sobre todo de su libro *Una comunitá legge il vangelo di Luca*[3]. Mención especial le debo al libro de Henri J. M. Nouwen, *El regreso del hijo pródigo*[4], del cual saqué con abundancia pensamientos e incluso algunas frases completas. A estos autores va toda mi gratitud porque gracias a ellos puedo realizar mi deseo pastoral de llevar mucho de sus escritos, retomado y a veces relaborado, a más personas y comunidades. Me consuela lo que dejó escrito Roland Barthes en su libro *La muerte del autor,* publicado en 1967 —¡año de mi ordenación sacerdotal!—: "Un texto es un tejido de citaciones […] un espacio multidimensional en el cual una variedad de escritos, ningún de ellos original, se funde y choca".

[3] EDB, Italia
[4] PPC, Madrid, España

Capítulo 1
Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó

Para expresar su experiencia espiritual santa Teresa del Niño Jesús usa en ocasiones la feliz imagen del águila divina, Jesús, la cual se precipita en picada sobre el pajarillo, que es la misma Teresa, lo arrebata y sobre sus alas lo lleva hacia el cielo, con un vuelo que tiene como meta el Padre y como punto de partida su realidad humana. Desde el primer instante hasta su consumación, el vuelo se le hace maravilloso, realizándose en una actitud de completo abandono y confianza en el amoroso poderío del águila divina[1].

Con el fin de que la experiencia de Teresa sea vivida por muchas personas más, saboreando lo extraordinario de ese vuelo, que puede ser el de cada uno de nosotros, te invito a acompañarme en la reflexión de la estupenda parábola del Buen Samaritano (Lc 10, 25-37), contemplándola tal como nos la narró Jesucristo.

Y, para empezar, te apremio a no quedarte preso de un esquema ya prefijado que quizá, desde años, tiene sobre esta parábola: Sabemos ya lo que quiere decirnos. Tenemos que prestar atención al prójimo, cualquier prójimo, de manera especial al más pobre y necesitado. Creer saber por anticipado el significado de la parábola, te impide descubrir la riqueza más radical que ésta encierra, cayendo en el peligro de transformar una buena noticia en una ley aún más severa y esclavizante que la antigua. Con la consecuencia de sentirse, así, más acusado y castigado por la conciencia —los psicólogos dirían: por tu súper-yo—. Por ello te invito a despreocuparte, aunque sea por un breve espacio de tiempo, de tu conocimiento, para dejarte llevar por el propio fluir de la

---

[1] La imagen del águila es de sabor bíblico (Dt 32,11): «Como el águila que incita a su nidada y revolotea sobre sus polluelos, así desplegó Él sus alas y los tomó, llevándolos sobre sus plumas».

narración que nos ofrece san Lucas. Por mi parte trataré sólo de ayudarte con unas «pinceladas» para que la meditación del texto resulte suave y refrescante, como llevados por la fresca corriente de un río o por el vuelo del águila. Al final te darás cuenta de cómo la experiencia encaja atinadamente en lo que es el mensaje central del «acontecimiento-Jesucristo».

En viaje hacia Jerusalén

Antes de entrar de lleno a la parábola, hace falta fijarnos en qué contexto la pone el evangelio.

Jesús está caminando hacia Jerusalén. Está documentado en los evangelios que Jesús subió a Jerusalén varias veces en sus tres años de vida pública. San Lucas es el único que nos habla de un único viaje. Según él, el Maestro desarrolló su actividad evangelizadora al norte del país (sobre todo en la región de Galilea), hasta que decidió emprender el viaje que lo llevaría a Jerusalén y de ahí al cielo. Asimismo, será de Jerusalén que su Buena Noticia saldrá con los apóstoles para difundirse en todo el mundo. El parteaguas entre la actividad apostólica en el norte del país y la subida a Jerusalén está señalado al final del capítulo noveno del evangelio. Dice san Lucas que «al acercarse el tiempo de su salida de este mundo (los días de su ascensión), Jesús tomó la decisión de subir a Jerusalén» (Lc 9,51).

Sobre esta frase se imponen dos apuntes. Primero: se habla de su «ascensión al cielo», meta de toda su vida (y de todo ser humano). Para llegar ahí, tiene que ir a Jerusalén, en donde lo espera la muerte de cruz, paso obligado para su resurrección y ascensión al Padre. Ve la proximidad de su retorno al Padre, y en consecuencia va a Jerusalén, lugar de su muerte en cruz. Segundo: Jesús es tan consciente de lo serio y grave que es para Él (y para la humanidad) este momento, que en su fuero interno toma la irrevocable decisión de dar este paso, asumiendo todas sus consecuencias. Fue una decisión tan firme que se «somatizó» en su cara; en efecto, san Lucas, literalmente nos dice que «endureció su

rostro». Una decisión interior que se imprime en las facciones de su cara, a tal grado que fue notada por los apóstoles. Con ello se pone de manifiesto que la decisión tomada en aquella circunstancia no iba a tener arrepentimiento, desviación o marcha atrás.

Tomada la decisión, enseguida inicia el camino hacia la meta que lo espera. Mientras tanto, en el transcurso del camino, pasan algunas cosas: sus discípulos invocan que un fuego destructor baje sobre los samaritanos por no haberlos recibido. Jesús los regaña. Luego, tres personas están dispuestas a meterse en su séquito, pero con ciertas condiciones previas. Jesús los ilumina sobre la vacuidad de sus deseos. Él ya decidió dar su vida en la cruz, y ¡ellos ponen «peros»! Envía a los 72 discípulos a misionar y al regresar éstos, Jesús estalla en un grito de alabanza al Padre porque la Buena Nueva fue recibida por los de corazón humilde y rechazada por los de corazón sabio y envanecido. Y luego, vemos el pasaje de «un maestro de la ley» en el que nos detendremos un momento.

«Un maestro de la ley»

En este punto del camino de Jesús hacia Jerusalén, sin previa indicación, entra en escena un doctor de la ley, el cual, queriendo ponerlo a prueba, le pregunta «qué debo hacer para poseer la vida eterna». ¿Por qué este personaje quiere poner a prueba al Hijo de Dios? El evangelio no lo dice. Cualquiera que sea el motivo, está claro que algo lo molesta y lo impulsa a actuar en forma no trasparente con Jesús. Su pregunta, de manera pragmática, inquiere sobre lo esencial de la existencia humana: la vida eterna y qué hacer concretamente para conseguirla. Esta es la pregunta que cada persona, tarde o temprano, se hace en la vida, tratando de encontrar una respuesta clara y viable. Es interesante resaltar cómo en esta pequeña pregunta aparecen tres verbos que califican nuestro actuar: «deber», «hacer» y «poseer».

Nuestra vida está marcada por deberes y quehaceres en vista de poseer algo, en este caso, lo máximo, es decir, la

plenitud de la vida. Jesús, consciente del mal ánimo de este hombre, pero también de lo serio de su pregunta, lo remite a su realidad humana y a su idoneidad profesional, y por ello lo invita a que él mismo se responda, como maestro de la ley y como su buen lector. En efecto el doctor responde breve y correctamente acerca de lo tiene que hacer: amar a Dios y al prójimo. Con ello, este personaje revela tener una gran preparación intelectual y una extraordinaria capacidad para quedarse con lo esencial de las cosas. En aquellos tiempos no era nada fácil desenredarse entre los 613 preceptos de la Ley y resumirlos en unas pocas palabras. Este doctor lo logró, mereciéndo, de parte de Jesús, una clara aprobación: «¡Has respondido correctamente!». Pero Jesús añade algo que cava más en el malestar del doctor, cuando le dice: «Haz eso y vivirás». La reacción del doctor es sorpresiva. Quizá se siente ofendido por Jesús que le da a entender que su problema no es saber las cosas, sino el no hacerlas.

Quizá se siente avergonzado ante la gente que está presenciando este diálogo. Por ello, quiere justificar su pregunta inicial, que a su parecer no era nada insignificante, al contrario, expresaba una realidad compleja y decisiva. Por lo cual, plantea a Jesús la cuestión: «¿Y quién es mi prójimo?». A nosotros nos parecería ingenua esta interrogante. Muchas veces, durante los encuentros con niños o adultos, les hago esta pregunta, y con espontaneidad me responden: «mi prójimo es la persona que se cruza en mi vida, empezando por mis familiares, amigos y compañeros de escuela o trabajo, los vecinos, cada ser humano».

Si un niño y una persona sencilla saben decir quién es su prójimo, ¿acaso no lo sabe un doctor de la ley, que es «maestro en Israel», y conoce atinadamente las 613 prescripciones de esa Ley? ¿Cómo es posible? Quizá el doctor no sabe bien como arreglárselas entre tantos posibles «prójimos», a quién darle prioridad, cómo atender a todos cuando se es limitado en su capacidad de ayuda. ¿Tiene que ayudar a todos por igual? ¿No habrá una jerarquía en la atención a los demás? O quizá su pregunta esconda algo más profundo. Lo

descubriremos al final, después de que Jesús haya narrado la parábola que llamamos del «buen samaritano».

Por ahora es suficiente detenerse en el hecho de que es para responder a la pregunta del doctor «¿quién es mi prójimo?», el que Jesús narre la parábola, la cual, hay que entender, antes que nada como la respuesta a la pregunta del doctor. Jesús no quiso contar una parábola como de escritorio. Como otras veces ocurre en el evangelio de san Lucas, Jesús inventa una para responder a situaciones concretas de personas concretas. Eso pasa, por ejemplo, con la parábola del padre que tiene dos hijos (el hijo pródigo); con la de los dos hombres que suben al templo para orar. A personas concretas, con problemáticas concretas Jesús revela el secreto de su corazón y el de los interlocutores, por medio de parábolas. A este doctor Jesús le responde con esta parábola. Veamos su contenido y significado.

«Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó...»

Cuenta Jesús que un hombre bajaba de Jerusalén camino a Jericó cuando cayó en manos de unos bandidos, los cuales lo despojaron de su ropa, lo golpearon y se marcharon dejándolo «medio muerto», tirado a la orilla del camino...

Necesitamos hacer memoria del contexto ambiental para entender mejor el inicio de esta historia. Antes que nada nos dice que el hombre «bajaba». Esto hace referencia al hecho de que Jerusalén está a más de 900 metros sobre el nivel del mar, mientras que Jericó surge en el valle del mar Muerto, que forma parte de una larga depresión geográfica (con prolongación hasta África Oriental) a unos 250 metros bajo el nivel del mar. Pero esto no es lo más importante para Jesús, el maestro de la ley y sus oyentes. En la mentalidad y cultura bíblica, Jerusalén era considerada la ciudad de Dios: ahí estaba el Templo, ahí acudían en peregrinación los judíos de varias partes de Palestina y del resto del mundo para las principales fiestas litúrgicas. Pensar en Jerusalén, era pensar en Dios y relacionarse con Él. Al contrario, Jericó represen-

taba la ciudad del mal, la ciudad maldita. Cuando Josué entró a la Tierra Prometida destruyó hasta los cimientos de Jericó y pidió al pueblo que repitiera esta maldición: «Maldito sea ante el Señor el que venga a reconstruir esta ciudad de Jericó. Sus cimientos se levanten sobre el cuerpo de su primogénito; y sus puertas sobre el de su hijo menor» (Jos 6,26).

Por tanto, bajar de Jerusalén a Jericó significa alejarse de Dios para acercarse al mal. Comprendemos mejor esto tratando de descubrir a quien representa aquel hombre que bajaba. A lo largo de la historia se han dado varias interpretaciones. Por lo general, los Padres de la Iglesia vieron en éste hombre representada a la humanidad, en su totalidad, que rebelándose a Dios cayó en el pecado hasta que vino Jesús, el buen samaritano, para rescatarla y salvarla. En la parábola del hombre herido de muerte y del buen samaritano los padres vieron representada toda la historia de la salvación, obrada por Dios a beneficio de la humanidad.

Lo anterior es correcto, pero no exhaustivo. Como pasa siempre con las parábolas, el auditor —el doctor de la ley, los demás presentes, los cristianos a los cuales san Lucas escribe el Evangelio, nosotros que lo leemos y escuchamos hoy en día— es invitado a reconocerse dentro de la parábola. «Aquel hombre» es cada ser humano que escucha la parábola, es cada persona. ¿Cuál es la situación existencial de cada uno? Es la de alguien que busca el bien, que quiere seguir la verdad, la bondad, la justicia; quiere y desea caminar hacia Dios (representado por Jerusalén), pero en la situación concreta, casi a pesar de su buena intención, se aleja de Dios, se dirige hacia el mal (representado por Jericó).

En este camino de alejamiento no deseado de Dios, de mil formas, se es golpeado por las fuerzas del mal y su principal autor, el diablo (los bandidos), que nos despoja de nuestra dignidad humana (las ropas), nos hiere hasta lo más profundo de nuestro ser y nos deja tirados «medio muertos». Cada uno, si reflexiona, descubre lo acertado que es esta descripción que hace Jesús de nuestra situación. Podemos notar cómo, en línea con una larga tradición bíblica que inició desde el

jardín del Edén con la caída de nuestros progenitores, el Evangelio reconoce que la situación de «medio muerto» en que se encuentra cada persona se debe también a la intervención de fuerzas malas exteriores al ser humano. Estamos «medio muertos» también porqué alguien nos agrede y golpea. Por eso, sin evadir nuestra responsabilidad, la Biblia, con una mirada misericordiosa, trata de comprender por qué nos encontramos en tan dolorosa situación. No toda la culpa es nuestra, pero ésta es nuestra situación.

«Por casualidad bajaba por ese camino un sacerdote...»

Regresamos al hombre «medio muerto» de la parábola. ¿Qué puede esperar una persona golpeada, casi muerta, tendida en el suelo del camino e incapaz de levantarse, sino que alguien pase por el lugar y la socorra? Y es lo que justamente ocurre, como continúa diciendo la parábola. Por casualidad, por aquel camino, bajaba también un sacerdote, el cual vio al herido, tomó el otro lado de la carretera y siguió su camino. Lo mismo hizo también un levita: lo vio, tomó el otro lado y pasó de largo.

Por lo general, nos identificamos con estos dos personajes, el sacerdote y el levita, cuando no hacemos nada a favor de alguien que necesite ayuda. Vemos las cosas, vemos la necesidad de la persona, pero no nos dejamos tocar por su situación dolorosa y nos alejamos, quizá justificándonos que tenemos otras cosas que hacer, igual de buenas, y que al fin y al cabo no podemos pretender ayudar a todo mundo. Tratándose además de religiosos o sacerdotes sentimos las miradas de la gente, recordándonos que sí, a veces predicamos bien, pero a menudo no actuamos acorde con la verdad que anunciamos.

Antes de entrar más en el significado de estos dos personajes, me gustaría fijar la atención sobre el estado de ánimo del «medio muerto», al darse cuenta de que, por fortuna, alguien estaba pasando por el camino. Para el desdichado,